

Introducción

En la primera parte de este libro, revivo los años de mi infancia, en la que quedó marcada, sin percatarme de ello, la influencia familiar y lo que sería mi vida.

En la segunda, cuento cómo tras la lucha por conseguir mi anhelo de ser profesora de ballet y el triunfo que logré en esa profesión, sentí la llamada de la vocación y, aunque con dolor en el corazón y la oposición de mi familia, abandoné todo por seguir a Cristo y entregarme al servicio de los necesitados en tierras marroquíes.

En la tercera, muestro las consecuencias: las dificultades y las satisfacciones en el destino elegido, el trabajo en escuelas profesionales, el hecho enriquecedor de escuchar las necesidades de los demás, incluidas las jóvenes que participaban en esta tarea, la labor especial en las casas de acogida, con los emigrantes clandestinos y en la misión que emprendimos como voluntarias por dos años, convertida en Pía Unión con Derecho Canónico y extendida por todo el norte de Marruecos.

La oportunidad de escribir este libro ha supuesto una experiencia muy gratificante, dado que casi he superado una lucha interior que me hacía sentir inferior si de escribir se trataba. Dentro de esa lucha, he vencido el miedo a expresarme en la lengua de Cervantes.

La escritura ha tomado posesión en mi interior y lo mismo que de pequeña pedía a mi madre que necesitaba bailar, ahora necesito escribir, expresar mis sentimientos y no dejar que la mente, cansada por el transcurrir de los años, pierda su clarividencia y, además, terminar el resto que me queda para perder el miedo.

Sería una ingratitud olvidarme de cuantas personas me han ayudado en mi caminar por la vida y a Escritores.Org. que ha tenido la paciencia de irme moldeando. Gracias a Silvia Adela Kohan por confiar en mí y tener la valentía de llevar esta auditoría. Hemos compartido el mérito de haber conseguido que esta historia llegue a buen puerto.

Ya está en marcha otro libro en el que cuento mi regreso a España.

Gracias de todo corazón.

*

LOS CAMINOS DE LA LIBERTAD PERSONAL

La convicción que presidió mis acciones a lo largo de mi vida fue la libertad personal. Y sigo creyendo que ha de inspirar por encima de todo. Lo puse de manifiesto en distintos momentos y en diversas circunstancias: cuando a pesar del éxito obtenido abandoné mi carrera para defender la libertad de la mujer en tierras africanas; en la lucha con los padres y las autoridades para que nos permitiesen abrir una escuela

profesional; al esconder a las personas que luchando por la misma libertad, fueron perseguidas y encarceladas, cuando tuve que enfrentarme a los familiares de, Alba, cuyo egoísmo, con tal de conseguir su dinero, traspasó el límite de lo justo y admisible. Una vez solucionado mi problema familiar, volví con ilusión a la misión para incorporarme en la fundación. Estaba convencida de que mi sitio estaba allí, donde había sido elegida como responsable general. También volvía con cierta inquietud al percibir que las cartas que recibía contenían informaciones encubiertas, intuía que algo –no agradable, por cierto–, pasaba en la misión.

En efecto, nada más llegar al puerto, donde me esperaban mi querida Pilar, el padre y Maricarmen, –que se había incorporado durante mi estancia en Madrid, donde había ido para conocerme, de sonrisa seductora, esbelta figura y una trenza rubia en su costado izquierdo que le otorgaba un aire de líder– Intercambiamos algunas palabras y pude comprobar que el espíritu de fraternidad se había relajado, noté que se comportaban entre ellos como extraños. Pilar, con cordura, me susurró al oído:

–Cuánto tiempo esperando este día, **a ver** si puedes solucionar algo **de lo que pasa aquí**, yo no he podido.

El padre, siguiendo su línea de que besar a una mujer era obra del diablo, extendió la mano y apretó fuerte la mía. Maricarmen, que no dejaba de mirar al padre, como si tuviese que pedirle permiso, me besó y dijo:

–Bienvenida-

Pronto percibí dos tendencias opuestas, la partidaria del padre, que se había olvidado que para llegar al cielo había que pisar firme en la tierra y la de Pilar, que no aceptaba las órdenes del padre, puesto que su cometido era el espiritual, no la dirección de toda la fundación. Por supuesto, me identificaba con esta última.

Como sus fuerzas no le aportaban la energía que necesitaba para oponerse a esta actitud, Pilar optó por callar y dejarlo, puesto que la fundación la atendía bien y su único afán era, aparte del protagonismo, que todo saliese lo mejor posible, pero como ellos querían. Toda opinión distinta era rechazada como una rebeldía.

Poco a poco, se confirmaron mis sospechas, era palpable la indiferencia entre las voluntarias, aunque la palabra fraternidad sonaba sin cesar, pero a nadie le importaban los problemas de las demás. Los trabajos estaban bien distribuidos y las voluntarias los cumplían con espíritu, pero siempre sometidas a la opinión del padre. Cuanto más las miraba, menos me recordaban aquel voluntariado que dejé, cuando tuve que irme a Madrid, para atender a mi madre.

¿Qué había pasado para que ocurriera este cambio radical? Un misterio envolvía el ambiente, algo había sucedido durante mi ausencia. El espíritu solidario había sido reemplazado por nuevas normas en el reglamento, hasta tal punto, que aceptaban las penitencias corporales. Las noté como robots, obedeciendo las insinuaciones del padre, creyendo que cumplían así la voluntad de Dios. En una palabra, estaban institucionalizadas. Les faltaba poder expresarse con sinceridad y sin miedo a ser juzgadas. No tenían libertad personal.

Me pasé parte del tiempo saludando a las trabajadoras y visitando las distintas clases, que, por cierto, estaban completísimas pero muy contentas de poder mostrar los vestidos

que estaban preparando para la exposición. Verdaderamente, son únicas para tejer tantas filigranas, combinando los múltiples colores de las distintas sedas, parecían, que eran pinturas, cuyos pinceles se habían esmerado para que resultaran perfectos.

Ya en el comedor, me animé ante los succulentos postres que habían preparado en mi honor y el café que, una trabajadora, sirvió en las tazas de chinas, reservadas para las visitas. Sonreímos todos, aunque nadie dijo nada. Con alegría, pude observar que, en la sobremesa, seguía la misma costumbre de comentar nuestras incidencias. Azucena, una malagueña muy simpática, de corta estatura, morena y la pequeña de seis hermanos, que había venido para conocer la fundación y aún seguía allí— nos quería hacer comprender que la obediencia a ciegas es lo que Dios nos pide para santificarnos en el mundo, que el padre estaba pletórico ante la asimilación de su enseñanza y el resultado conseguido.

A continuación, con aire de sentirse poseedora de la verdad, intervino Maricarmen, que desde que se incorporó al voluntariado, según me informó, Pilar, no cesó de dar problemas, debido a los escrúpulos sobre la perfección que la acompañaban en todas sus acciones. Pensó que los vencería con la entrega que demostraba, pero resultó que, su potencial liderazgo, contagió a cuantos se les pusieron en el camino. Cuando hablaban de ella, era con admiración por su seguridad en las decisiones que tenía que tomar. Supo llegar al corazón de sus compañeras, que la seguían como corderitos:

—Esto es lo que buscamos, continuó diciendo, santificarnos y no perder el tiempo en banalidades que nos apartan del buen —dijo muy convencida.

No pude reprimir mis sentimientos y lancé todo lo que pensaba sin ambages, sabiendo la poca aceptación que mis palabras producirían:

—Esta recia disciplina requiere otro ideal, en el nuestro, lo primordial es la entrega al prójimo y el amor entre nosotras, no el miedo que se ha instalado, impidiendo que la libertad personal aflore por encima de todo y no sea pisoteada por la equivocada formación de unas cuantas. Habéis olvidado que Dios nos creó para que fuésemos felices y nos dio la vocación de servicio para que compartiéramos esa felicidad con nuestros hermanos, no la amargura. El amor lo puede todo, la amargura lo destruye. Las cosas hay que hacerlas por fidelidad a esa entrega, por el amor a las personas, no por el qué dirán. Nuestra libertad es un regalo de Dios y su Hijo murió para redimirnos. No me vengáis ahora con frases muy bonitas y bien construidas, pero contrarias a esos ideales. Soy consciente que ha de existir un reglamento para la buena marcha del grupo. Pero de qué sirve cumplir con él, si lo hacemos por temor. No podemos olvidar las palabras de Jesús: “Amaos los unos a los otros”. Lo que hemos de entregar, el día que Dios nos llame, no son los reglamentos, sino el deber cumplido sin coacción y por amor al prójimo.

Pero no supe darme cuenta que, ante la prepotencia reinante, hubiera sido más eficaz callar.

Lleno de razones, el padre censuró mi poco tacto y caridad para con mis compañeras. Me recriminó que mientras estaba en España habían pasado muchas cosas, enfermedad de, Pilar, y Alba, tramites con las autoridades competentes, que cada vez ponían más cortapisas y las tuvo que solucionar, Maricarmen, haciendo frente a todas ellas, para la buena marcha de la fundación y el voluntariado.

–Ahora, en vez de darle las gracias, te enfrentas a ella con la misma poca caridad que tú censura.

Tuve la impresión que deseaba enervarme pero reconocí a tiempo que, como siempre, había hablado demasiado. Era mi peor defecto.

–Perdone, padre, mi poca prudencia. Ciertamente que, muchas veces, las cosas de los demás, las vemos antes que las nuestras.

–No es a mí a quien has de pedir perdón, sino a Maricarmen.

–Acepto cuanto me ha dicho, pero para que todo quede claro, por favor, no entiendo algo que me inquieta por dentro. ¿Qué ha pasado para que se pongan al frente de todo y dejen a Pilar a un lado con el voluntariado? ¿Por qué no se me comunicó lo que sucedía? ¿Desde cuándo existe esta división entre las voluntarias? Me siento aturdida y no sé cómo he de seguir. -Lo que he encontrado, no se parece a un voluntariado. ¿Qué pasó con Alba, para tenerla que llevar al psiquiátrico?

–Tantas preguntas –dijo el padre–. Las contestaré poco a poco. Ciertamente que esto no se parece en nada al voluntariado que tú dejaste. Ahora existe una disciplina que tú no has poseído nunca y, hasta que has llegado, todas estaban conformes y tranquilas. Pero tú eres de las que escudriñas los defectos ajenos y no piensas en los tuyos. ¿Por qué no contestabas a las cartas donde te informábamos el problema con, Alba? -Te fue más cómodo pasar de ello, para no sentirte con la responsabilidad de tener que volver para cumplir con lo que habías prometido. -Con respecto a, Pilar, no se podía juzgar su desidia en el trabajo, estaba bajo el peso de una enfermedad incurable que no la dejaba ser ella misma. Por otra parte, la mimaban demasiado, olvidando que venimos para sufrir no para tantas niñeces.

–Llama niñeces cuidar con cariño a una compañera enferma que dio toda su vida por esta misión. -Prefiero que las voluntarias se pasen en atenciones y mimos, antes que la frialdad de unos reglamentos que por cumplir la letra, matan el espíritu. En cuanto a las cartas que cita, no la recibí. Siempre he contestado a cuanto recibía.

Supuse que en una conversación con Pilar, todo quedaría aclarado y que, finalmente, las aguas volverían a su cauce, pero su respuesta me hizo sentir más pérdida todavía

-Si no quieres sufrir, no preguntes-